

Año nuevo, ¿vida nueva?

En el mundo, no se habla de otra cosa que de crisis económica. En España, un Gobierno que parece incapaz de hacerle frente, aprueba unas medidas que disgustan a la mayoría. En Barcelona, un temporal de lluvia y viento acaba de terminar y la gente se prepara para celebrar la noche vieja. En mi casa yo, estoy sentada en ropa interior frente al espejo de mi habitación, esperando a que él me llame.

Detrás de mí, encima de la cama, una montaña de ropa refleja mi indecisión. Me he cambiado quince veces, he hecho no sé cuantas combinaciones distintas y al final, asqueada, me he sentado en el banquito de mi tocador. Al contemplarme, yergo la espalda escondiendo la barriga mientras contengo la respiración. Me miro fijamente e intento sonreír unos instantes. Niego con la cabeza y suelto el aire de un suspiro volviendo a mi postura habitual. Veo el paquete en la mesilla, me enciendo un cigarrillo y exhalo el humo despacio, deleitándome. Miro el pitillo y lo decido: mañana dejaré de fumar. Ya puestos, también pienso que haré ejercicio, comeré más fruta y me tomaré la vida con más calma. Año nuevo, vida nueva.

Me lo acabo y de reojo le echo un vistazo al móvil que tengo a mi lado. La pantalla está a oscuras. Aplasto la colilla con la mano izquierda y con la derecha pulso una tecla para asegurarme de que no hay ninguna llamada perdida. Ninguna novedad. Aprovecho para mirar la hora y en voz alta digo que todavía es pronto. Me levanto y al volverme y ver la enorme montaña de ropa empiezo a sentir exactamente la misma congoja que antes se sentarme. En hora y media me pasan a buscar para ir a esa estúpida cena. Lo cierto es que

yo creía que finalmente no podría ir porque tendría mejores cosas que hacer. Era lo que consideraba mi plan B, pero por lo visto va a ser mi único plan para esta noche vieja.

Decido ponerme el mismo vestido negro del año pasado que está arrugado en el fondo del armario; de camino hacia la plancha me detengo delante del gato que se pone a ronronear al ritmo de mis caricias. Me pruebo el vestido recién planchado, no me gusta. Pasa a coronar la pila de encima de la cama. Voy al comedor, descuelgo el teléfono y compruebo que tenga línea. Después de constatar la realidad, me resoplo el flequillo con frustración y me dirijo a la cocina para poner a calentar agua para hacerme un té.

Mientras espero a que hierva el agua, maldigo un par de veces la puta madre que lo parió por no llamarme. Vuelvo al comedor con la taza humeante en la mano, conecto el aparato de música y comienza a sonar a todo volumen el último disco de Pastora. Dejo la taza encima de un libro para no manchar la mesa y empiezo a bailar desenfrenadamente botando por el piso. Con el estruendo, el gato levanta la cabeza, me mira y a continuación vuelve a enroscarse para continuar durmiendo encima del sofá. Paro de saltar, admiro su tranquilidad y envidio su manera de tomarse la vida. Ojalá yo hubiera nacido gato doméstico. Decido fumarme otro de mis últimos cigarrillos y como de costumbre, empiezo a buscar el mechero por todas partes porque he olvidado donde lo he dejado.

De repente me asalta una duda que me paraliza: con la música tan alta quizás no he oído el teléfono; reviso el móvil con avidez sin ningún resultado, apago la música, me siento en el sofá y me pongo a llorar. Unos sollozos más

tarde, me siento estúpida, cojo mi taza de té y tomo otra decisión: si llama no le responderé. No quiero vivir más así. No es justo que me trate de esta forma.

Convencida de ello, decido darme una ducha para acabar de arreglarme para mi cena. Cuando estoy desnuda a punto de entrar bajo el agua, me paro en seco, me envuelvo en una toalla y voy a por el inalámbrico y el móvil para dejarlos en el mármol del baño. Nunca se sabe quién puede felicitarte el año nuevo... Cuando me estoy enjabonando la cabeza, se oye el pitido inconfundible de un mensaje. Entorno los ojos hacia el techo y me encomiendo a un Dios en el que no creo para que sea lo que estoy esperando y al instante, en pelotas, tiritando y llena de jabón, salgo de la ducha para mirar el móvil.

Moviestar me desea feliz año nuevo. Profiero los tacos más gordos que me vienen a la cabeza y con una enorme fuerza de voluntad, resisto la tentación casi irrefrenable de lanzar el teléfono contra la pared del baño. Lo dejo donde estaba y vuelvo a entrar en la ducha.

Me dirijo a mi habitación para enfrentarme al montón de ropa de encima de la cama. Como no, el gato ha decidido cambiar su ubicación y ponerse a dormir encima del vestido negro que estaba calentito y recién planchado. Tiro del primer conjunto que me había probado y me lo pongo, finalmente voy a vestirme así esta noche.

Falta media hora para que me recojan y ya estoy lista, por lo menos externamente tengo un aspecto presentable. Me siento frente al televisor, tableta de chocolate en mano (las manzanas formarán parte de la vida nueva) y voy pasando los canales sin prestarles la menor atención.

Suena el teléfono fijo. Doy un respingo, mando al carajo todas mis decisiones, voy corriendo hasta el aparato y contesto intentado poner la voz más desenfadada que tengo aunque el corazón me va a cien por hora. Al oír la voz de mi madre al otro lado, me invade la rabia, cuelgo en el acto y arranco el cable del teléfono de la pared.

Presa de la ansiedad, empiezo a andar por el comedor en círculos concéntricos, mientras me invaden varios pensamientos a la vez: maneras de asesinar a Cupido, que en China hoy es una noche cualquiera y como podría hacerlo para dejarlo todo e irme a vivir a una isla del Caribe sin hombres, madres ni gatos.

Llaman al timbre, contesto que bajo en un minuto; miro de reajo el móvil que está encima de la mesa y tomo una última decisión: dejarlo en casa esta noche. Año nuevo, vida nueva. Lo apago todo, le digo adiós al gato y cierro la puerta de casa. Al momento, desde el rellano oigo como empieza a sonar esa melodía inconfundible. Me paro en seco, cojo las llaves con una mano y la puerta del ascensor con la otra; miro a ambos lados; me doy asco de mi misma, pienso que mañana será otro día y vuelvo a entrar corriendo en casa.

Barcelona, 25 de febrero de 2014